

Domingo de Pascua C2022

Hoy celebramos el mayor acontecimiento de nuestra salvación y la fiesta fundacional de nuestra fe, es decir, la resurrección de Jesús. Los debatientes pueden seguir haciendo preguntas sobre la resurrección de Jesús, y los cineastas plantean polémicas sobre su tumba o sus restos, pero nada puede destruir la certeza, tal como la encontramos descrita en las lecturas de hoy, que Jesucristo está vivo, que Dios lo resucitó de entre los muertos.

Si Jesús no resucitó de entre los muertos, nunca habría fe en él y el cristianismo nunca habría existido. Si Jesús no resucitó de entre los muertos, tal vez se hubiera hablado de él como se habla con algunas personalidades históricas de la historia mundial. Pero, esto habría sido solo un capítulo en los libros de historia y nada más.

Es porque Jesucristo está vivo que nos reunimos en su nombre esta mañana para alabar a Dios y agradecerle por el don de la vida que nos ha dado al resucitarlo de entre los muertos. Jesús es nuestro Salvador y redentor. Pedro lo dijo claramente en los Hechos de los Apóstoles: "A este hombre que los judíos colgaron de la cruz, Dios lo resucitó al tercer día y le concedió ser visible".

Los apóstoles fueron testigos de lo que le sucedió. Estuvieron con él antes y después de su resurrección; comieron y bebieron con él; escucharon su enseñanza y vieron sus milagros. Lo vieron muerto, pero también lo vieron resucitado. Es este testimonio que nos han transmitido para que también nosotros creamos y lleguemos a la vida eterna.

El Evangelio de esta mañana describe lo que sucedió aquel "primer día de la semana" y cómo, cuando todo parecía haber terminado en fracaso, Dios intervino y resucitó a nuestro Señor de entre los muertos. María Magdalena, Pedro y Juan que fueron al sepulcro en la madrugada de ese día no podían creer con sus ojos: el Señor ha resucitado. Se quita la piedra del sepulcro; las telas funerarias se arrastraban por el suelo y la tumba estaba vacía. Mientras María Magdalena pensaba: "Se han llevado del sepulcro al Señor", y Pedro no sabía qué hacer, Juan, que también veía, creyó en silencio.

El Domingo de Resurrección no hay nada que ver; solo hay una cosa que hacer, es decir, creer que ninguna tumba tiene el poder de impedir que la vida de Dios brote y nos alcance. En la mañana de Pascua sólo la fe puede hacernos comprender que nada es imposible para Dios, que Cristo resucitado nos lleva de la muerte a la vida, haciéndonos nuevas criaturas agradables a su Padre.

La Pascua es la celebración de la vida en toda su plenitud. La resurrección de Cristo significa que la tumba ya no es un lugar donde la muerte está encerrada detrás de una piedra. La piedra de la muerte ha sido removida para siempre de la tumba. Cristo resucitado ha destruido para siempre el reino de la muerte. Ha promovido la vida y consagrado a todos los que creen en él a la vida eterna y a gozarse con él en su reino.

La resurrección de Cristo significa que nuestra propia muerte física no es un obstáculo para el florecimiento de la vida de Dios en nosotros. Como Cristo, cuando morimos, Dios nos da vida nueva, ya que creemos y somos bautizados en él. Cristo mismo nos hace partícipes de su propia resurrección. Su resurrección es nuestra resurrección. Esta es la buena noticia de la Pascua, es decir, que no importa lo que suframos, no importa lo mal que lo pasemos, no importa las tragedias que enfrentemos, incluso la muerte misma, seremos resucitados.

Gracias a Jesús y su resurrección, hay una luz para nosotros al final del túnel. Ya no hay fronteras que no podamos cruzar entre la muerte y la vida. Por supuesto, sabemos por

experiencia humana que la luz a menudo es difícil de ver, especialmente cuando estamos abrumados por problemas y dificultades. Cuando parece que nuestras luchas no tienen fin, cuando cada camino que tomamos llega a un callejón sin salida, cuando el sufrimiento continúa derrumbándonos, nuestra inclinación no es creer en la luz, sino maldecir las tinieblas. Pero es precisamente en ese momento que la promesa pascual dice que la noche de nuestra situación puede cambiarse en luz. Puede que haga falta mucho coraje, pero la Pascua nos empuja a levantar la mirada con esperanza y esperar con confianza nuestra redención. No importa lo que suframos, Dios nos levantará. Este es el mensaje de Pascua.

Entonces, entendemos que hay una razón para cada problema que enfrentamos en la tierra y una lección que aprender en cada sufrimiento que soportamos. Si Dios nos cierra una puerta, puede abrirnos una ventana. Nunca hay un Viernes Santo sin Pascua. La Pascua afirma que nunca seremos abandonados, que nunca hay nada sin esperanza. Por más difícil que lo tengamos, la Pascua nos dice: todo saldrá bien. ¡Felices Pascuas a todos!

Hechos 10: 34^a, 37-43; Colosenses 3: 1-4; Juan 20: 1-20



Fecha de la Homilía: el 17 de Abril, 2022

© 2022 – Padre Felicien I. Mbala, PhD, STD

Póngase en contacto: www.mbala.org

El nombre de Documento: 20220417 homilia.pdf